

nas, á los filósofos que le preguntaban sobre su doctrina:—"Vengo á declararos, les dijo, el nombre de ese mismo Dios desconocido—IGNOTUS DEUS—que he visto escrito y consagrado en las columnas de vuestros pórticos."—Cuando San Pedro pone su cátedra en Roma, viene á revelar de quién era aquella misteriosa cabeza sin cuerpo, que apareció entre los cimientos, cuando se fundaba el Capitolio. Aquel cuerpo, él se le trae; era la humanidad toda entera. El Pontificado que él funda, es la última expresion de la universalidad del destino de la Ciudad Eterna.

¿Cómo habia de ser italiano? Ni siquiera es europeo: ES CATÓLICO: es la transfiguracion de la ciudad de los hombres en la ciudad de Dios. Ni en el mundo cabe: es de la Iglesia; es de la congregacion de todos los fieles de la cristiandad, que desde las regiones expiatorias del otro mundo, sólo parte límites con la Jerusalem celestial de los bienaventurados.

### XIII.

#### GRANDEZA VERDADERA DE ROMA.

#### ORÍGENES Y FECHA DEL PODER TEMPORAL

#### DEL PONTIFICADO.

La ciudad á quien ha cabido tal representacion, es la más grande y maravillosa de todas las ciudades. El hombre que ha recibido tan portentosa significacion, tiene, ántes de todo poder temporal, la más extraordinaria de todas las potestades. Se le vé aparecer; y su aparicion es un misterio profundísimo. Se le vé crecer y levantar-

se; y ese desarrollo, y esa grandeza, es un fenómeno inexplicable. ¿Cómo le han de juzgar bien los que le conocen mal, y ménos aún los que le reniegan y aborrecen, si confunde y anonada á los mismos que le acatan y le adoran?....

Agítase hoy tumultuariamente en Europa la cuestion de cómo y cuándo empezó el Sumo Pontifice á ejercer poder temporal. Ciertamente,—y lo decimos en un sentido eminentemente católico,—ciertamente es una cuestion harto limitada y de proporciones bien mezquinas! Seguramente que para la majestad de aquella institucion prodigiosa, lo temporal apareció tan insignificante y secundario, que pasa como embebido y eclipsado ante la contemplacion de los primeros siglos, atónitos y subyugados ante el espectáculo de su espiritual grandeza.

No toman los Papas el señorío de Roma: Roma es la que los acata, obedece y adora. Parece que el Papado se levanta, sólo porque ella se le arrodilla. Es el sol: nos hace ilusion de que asoma por el horizonte, y sube al firmamento; y es la tierra la que se vuelve y gira para que él la alumbré! Como los astros empalidecen con el nuevo dia, así los otros poderes no se extinguen: dejan de verse.

El Papa no se impone soberano. Son Roma y la Italia las que quieren afianzar, engrandecer y amayorazgar en su suelo, aquel milagroso sacerdocio de una Religion, que despues de redimir al mundo, disciplina la Europa, y civiliza la barbárie. Presente del cielo que se encontraron en las catacumbas, subiéronle en un camarín de oro, y rodearon su frente de coronas, como á aquellas Imágenes santas que aparecian en las excavaciones ruinosas, y que los pueblos ensalzaron en sus templos, como á tutelares Patronos, colocándolos al frente de sus ejércitos, ó su-



biéndolos á lo alto de sus murallas, para triunfar de los enemigos.

Sí. Harto mezquina y secundaria es, por cierto, esa averiguacion judicial y forense de la legitimidad del derecho, de la antigüedad del poder, de la claridad del origen de la soberanía secular del Pontífice. Sus probanzas son hechos tan rudimentarios y tan aprendidos con el catecismo, que causa pena y bochorno recordarlos, cuando se trata de la fundacion de esa dinastía nobilísima, en comparacion de la cual ya dejamos sentado que son inciertos y tenebrosos los principios de todas las casas reinantes, y la legitimidad de sus primitivos derechos.

Los Reyes que en los tiempos modernos han subido á los tronos de Europa más popularmente y por voluntad de Asambleas, Miguel Romanoff, en Rusia, en 1613; don Juan de Braganza, en Portugal, en 1640; Guillermo de Orange, en Inglaterra, en 1688, y en nuestros días Bonaparte, Luis Felipe, Leopoldo de Bélgica y Napoleon III, no presentan títulos más evidentes de legitimidad que esa genealogía antiquísima de Reyes de Roma, que empieza en el siglo VIII y en el 94.º Pontífice, para no interrumpirse jamás hasta el actual, el DOSCIENTOS CINCUENTA Y SEIS de los sucesores de San Pedro.

Los orígenes de este poder son más claros que los elementos de Euclides, más auténticos y reconocidos que la procedencia de la casa de Apsburgo ó el nacimiento de Hugo Capeto. El último de los escolares os dirá el día y la hora en que un Pontífice se vé obligado á aceptar de la mano de un Rey victorioso, y por voluntad de un pueblo, que no quería ser presa del vencedor, el señorío temporal de una ciudad, que se redimía á un tiempo de dos Reyes igualmente bárbaros.

Confrontemos de nuevo nuestros recuerdos. Ellos nos dirán si el acto de cesion de la Lombardia al Rey Victor Manuel, despues del tratado de Villafranca, es un documento más legal, más solemne, y más auténtico que la donacion del territorio Romano al Papa Estéban el año 755, despues de otra batalla casi en los mismos lugares que las de Magenta y Solferino..... Pero la historia nos añadirá por complemento, cómo cuarenta años más tarde, Carlo Magno, dueño de la Europa, y debelador de todos los bárbaros, no sólo acata la soberanía de aquel Pontífice, á quien con un solo ademán de su manopla de hierro, podia arrojar de la ciudad ocupada por sus armas; sinó que le reconoce con autoridad de darle la más alta investidura del poder humano..... Y nos contará minuciosamente, como si lo hubiéramos visto con nuestros ojos, ó leído en la *Gaceta* de ayer, de qué manera y forma, al asistir á la solemne funcion del día de Navidad de 799, último entónces del año, el vencedor de los Sajones, de los Ávaros, de los Burgundios y de los Longobardos, que rezaba de rodillas ante el altar de los Santos Apóstoles, es coronado súbitamente por Leon III, y aclamado por el pueblo, "GRANDE, INVICTO Y PACÍFICO EMPERADOR ROMANO."

Ya lo veis. Este es el gran suceso. El sorprendente prodigio, el no explicado misterio es, no cómo el Papa se hace Rey, sinó cómo puede hacer un Emperador. Ésto podia ser la gran duda; éste el difícil problema. Duda que no tuvo entonces el mundo; problema *del día de hoy!*... que era entonces ejecutoriado derecho. Ni Pipino ni Carlo Magno se le dieron. De más antes estaba consagrado y reconocido. Una cesion, una aquiescencia, un homenaje, un ceremonial bastarian para constituir una le-



gitimidad humana, ó para dar testimonio en un litigio vulgar. La gran legitimidad que el derecho humano no explica, lo sobrenatural y formidable de aquella categoría, que la humana razón no mide, está en reconocerle la potestad de imponer coronas y de consagrar Imperios. El prodigio incomprensible está en que los que en cien batallas habían triunfado de todas las naciones, y habían impuesto el yugo de la espada á tan innumerables tribus, para presentarse como legítimos señores á reclamar la obediencia del mundo, tienen que arrodillarse á los pies de un sacerdote pacífico é indefenso, reconocido ya como propietario de una soberanía que viene del cielo.

¿Qué le importaba, pues, la autoridad temporal? ¿Quién se la podía disputar? ¿Quién se la podía conferir?

Ni Pipino, ni Carlo Magno, ni la condesa Matilde fueron sus creadores ni sus cesionarios. No dieron lo que no podían quitar. Lo que de ellos fué llamado título, no es más que testimonio. De aquella institucion, divina á un tiempo é histórica, fueron notarios y cronistas. Escribieron de ella una lápida, pusieronle una fecha, como los antiguos Cónsules en los fastos de la República, fecha de su propia grandeza y de su propia sublimacion, que abriendo una nueva época cronológica, como la de Julio César, consumaba una revolucion fundamental en el sistema político de Europa. Los polos del mundo moral habían cambiado, y la civilizacion empezaba á girar por una eclíptica distinta, y bajo los signos de un Zodiaco invertido.

La antigua soberanía popular, concentrada en la LEY RÉGIA, había acumulado en un hombre un poder tan omnímodo y brutal, que los supremos delegados del pueblo se erigieron en deidades. El cristianismo no podía admitir la sacrilega apoteosis de la fuerza humana. Su sobe-

ranía no podía ser la omnipotencia del hombre. La grande idea religiosa, de que el poder viene de Dios, es completa y esencialmente contraria á que una potestad humana pueda proclamarse divinidad.

El dogma del libre albedrío fué una gran tabla de derechos; el poder social concluía donde el señorío de la conciencia empezaba; y en la manera de sentir de aquellos pueblos, que rompían, los unos la opresiva coyunda de una fuerza dominadora, al paso que se salvaban otros de un individualismo bárbaro, el DERECHO CRISTIANO fué para los pueblos vínculo y garantía, fué para los Reyes valladar y freno. Suprimase este derecho, y será Carlo Magno dueño y señor tan absoluto, como los Césares pretorianos. Pero también sin la consagracion de este derecho, no pasaba de ser un caudillo de bárbaros, transitório, como aquellas mangas de torbellino que se llamaban Alarico ó Atila.

De este derecho, sin embargo, él no era ni el símbolo, ni el representante. De él, de aquel principio, de aquella creencia y de aquel dogma, la personificacion es el Vicario de Cristo, que se hospeda en Roma. Como enlazando un mundo que muere, á un mundo que se transforma; una civilizacion que aparece entre escombros, á otra civilizacion que brota entre ruinas, allí está, custodiando la antigua majestad de la República, el Representante de la ley de Dios sobre la tierra. Donde el antiguo tribuno, vuelta la espalda á la curul de los Cónsules, interponía el VETO de las libertades populares, se sienta ahora, en la misma humilde actitud, el Siervo de los siervos de Dios, diciendo á las potestades de la tierra el formidable NON POSSUMUS.

En el foro de Júpiter Capitolino estaba la fuente de la



universal soberanía, con que legitimó el primero de los Césares la universal dictadura: en la cátedra de San Pedro pronuncia sus oráculos el intérprete de aquella ley, que renueva la asociación europea, bautizada en la fraternidad de Cristo. Por eso Carlos viene á recibir en Roma la investidura de una majestad que el nuevo Derecho eleva á sacramento. Por eso la Europa, constituida en confederación cristiana, se llama SANTO IMPERIO ROMANO.

Datad desde este momento, si quereis, la fecha del poder del Pontífice. Tal poder, que crea un Imperio; que vuelve á colocar la Italia á la cabeza de la civilización; tal poder, que sigue haciendo á Roma la metrópoli del Universo, no puede ser para nosotros, no es para la Historia la fecha del poder del Papa: ES LA FECHA DE LA OBRA DE DIOS.

## XIV.

ROMA PONTIFICIA HASTA 1852.  
UNIDAD MORAL, LA UNIDAD CATÓLICA:  
URBI ET ORBI.

Ni el Pontificado es cuestión de la historia de Italia, ni derecho controvertible en el progreso de su nacionalidad.

Es una institución preexistente, y generadora de esa nacionalidad misma, que brota y crece debajo de la silla de San Pedro, como sale un río al pié de una montaña. Italia no tuvo más que abrirle cauce, para ser fecundada por sus aguas regeneradoras. No sólo recobra delante del mundo nueva superioridad política: preside desde entonces á una nueva civilización social. Italia, que había dado al mundo la unidad de la ley civil, debió al Pontificado la preeminencia de evangelizar al género humano en la plenitud moral: debióle el haber conservado la superioridad de Roma sobre aquellos mismos bárbaros, que habían bajado como bandadas de fieras á destruirla, y que se pusieron humildes, como corderos, á adorarla.

La era de venganza que habían concitado en el mundo los crímenes de los Emperadores, la conjuraron las bendiciones de los Pontífices. La civilización de la Roma gentilicia no había podido nada contra las locuras de un



Calígula, ó contra las infamias de un Heliogábalo. La Roma de los primeros Papas tuvo poder para hacer prosternarse en el polvo á aquellos salvajes cabelludos, que se llamaban Francos y Sicambros. El Pontífice hace arrojarse penitentes y despavoridos á aquellos guerreros, tintos todavía de la sangre de los sacrificios humanos, y que sin el espanto de su Cruz y de su anatema, hubieran sido mónstruos desenfrenados.

En medio de aquella anarquía de poderes que no se regían por códigos; de aquella mezcla de razas, que no se atenían á territorios; de aquel caos de individualidades feroces, que no reconocían ninguna superioridad gerárquica; los Pontífices imponen á las naciones del Imperio aquella poderosa unidad moral, que ántes de llamarse Europa, se llama la cristiandad. El Pontífice conserva la misma existencia material de Roma, que no teniendo razon de ser desde que no fuera capital del mundo, hubiera desaparecido en escombros de sobre la haz de sus assoladas campiñas, como Tiro y Sidon, Méfis y Palmira; como Tébas y Cartago.

¿Qué mucho que el género humano, que habia creído á Julio César hijo de los Dioses, porque con grandes ejércitos y aguerridas legiones habia llevado á término sus portentosos hechos; al presenciar verdaderos milagros, obrados por un humilde y desarmado anciano, le reconociera Vicario de Dios?... ¿Qué mucho que aquellas clases oprimidas, que habian ensalzado á Tiberio y á Nerón, sólo porque les parecía que eran sus vengadores, aclamaran en la excelsa magistratura de sus Pontífices, al más liberal de sus tribunos?

Por vez primera en el curso de la Historia presenciaban un maravilloso espectáculo, á cuya idea no habían

llegado nunca ni los Gracos, ni los Virginios. Veían á un indefenso Sacerdote, salido á veces de la cabaña del pastor ó de la celda del cenobita, soberano *tolerado* de una exígua provincia, ejerciendo sin embargo la potestad sobrehumana de quitar y poner Reyes, de mandar hacer penitencia á los Emperadores, de dirimir sus discordias, de hacer las treguas de sus guerras y dictar las condiciones de sus paces, de denunciar á la execración de los pueblos el escándalo de sus costumbres, de maldecirlos á la faz del cielo por la crueldad de sus venganzas, de anatematizar el horror de sus incestos, de atajar el contagioso concubinage de sus irracionales divorcios, y de ofrecer un asilo en las sapientísimas leyes del derecho eclesiástico, contra los inícuos desafueros y los procedimientos arbitrarios de los códigos bárbaros.

Verdad es que ahora oímos calificar estos actos, de demasías, de usurpacion, de translimitaciones inauditas de autoridad, de humillaciones degradantes del poder!....— ¿Era entónces así?— Recordemos que aquellos pueblos, compuestos de una gran masa de vencidos, bajo una raza guerrera de feroces conquistadores, no tenían otra tribuna de asambleas, otra imprenta de periódicos, ni otra magistratura de acusador público.... que aquella cátedra Santa!.... El Pontífice, en verdad, fué como el Gran Justicia de los reinos cristianos!

Los pueblos no se curaron de exigirle escrupulosamente sus títulos. En vez de escatimárselos como abusivos derechos, se sometían á ellos como oráculos; y los Reyes, en lugar de hostilizarlos como usurpadores ó rivales, quisieron mas bien ampararse de ellos, dando ejemplo de aquel respeto que les valía la sumision y obediencia espontánea de sus bandas feroces.



Y así fué cómo los Pontífices abolieron el despotismo, destruyeron la esclavitud, y condenaron la rebelion. Así fué como organizaron la república cristiana, enmedio de la anarquía. Así fué cómo la sociedad europea se organizó para el Pontificado, y para la Iglesia de Roma, que fué la Iglesia universal; y así fué como durante tantos siglos, en que la idéa política no es en parte alguna bastante fuerte para dar cohesion, consistencia, eficácia y grandeza á aquel cúmulo de principios en ebullicion, y de naciones y razas en perpétua lucha; todo lo grande, unitário, perpétuo y progresivo, que constituye en comun la obra de la civilizacion y de la historia de Europa, lleva el sello de la unidad católica, impreso por la mano del Sumo Pontífice que la representa.

Fué para Roma: fué para el mundo..... URBI ET ORBI.

## XV.

## LA IGLESIA

REGENERADORA DEL MUNDO: FUENTE DEL DERECHO:  
MADRE DE LAS CIENCIAS Y LAS ARTES.—  
LAS TRES CORONAS DEL PONTÍFICE.

Todo cuanto nace y crece, y resplandece y dura, y queda en la Historia hasta el siglo XVI, tiene al principio religioso por generador, y á la Iglesia de Roma por Madre amorosa y fecunda. De ella son todas las grandes obras de la paz; todos los grandes hechos de la guerra; todas las creaciones inmortales del génio; todas las maravillas del arte; todas las colosales empresas de la erudicion; todos los descubrimientos de la ciencia; todos los progresos y adelantos de la legislacion y de la política.

Por la Iglesia se fundan las ciudades. La Iglesia asienta las bases fundamentales de las monarquías: por ella penetran en Oriente las Cruzadas, y la Europa lanza de su suelo á los Tártaros y á los Agarenos. No mandaban los Pontífices en Constantinopla, cuando se apoderaron de ella los Turcos; pero eran Católicos los Reyes que arrojaron de Granada á los Árabes; los Polacos de Sobieski, que salvaron á Viena; los Húngaros de Matias Corvino, que fueron ántes, en el Danúbio, baluarte de la cristiandad. Y era, por último, un Santo Pontífice el que or-



ganizaba aquella coalicion gloriosa, que postró para siempre en Lepanto el empuje aterrador de los Otomanos.

Por la Iglesia se emprenden los grandes trabajos públicos, se canalizan los rios, y se desecan los pantanos. Por la Iglesia se construyen magníficos puentes, que aproximan las ciudades; grandes diques y muelles, que abren seguro abrigo á las naves; vias de comunicacion, que dan tránsito á los peregrinos; suntuosos hospitales, que prestan abrigo, lecho, medicina y descanso á los enfermos y desvalidos.

Por la Iglesia se fija el derecho en códigos, como el del Fuero Juzgo y el de las Partidas: y se reunen en los claustros del estudio cristiano, las bibliotecas del saber antiguo. Por la Iglesia son los retirados cenobitas lumbreras de la filosofía: una orden monástica emprende esas obras que dieron su nombre proverbial á la erudicion potentosa: un Pontífice es el que reforma el calendario, y fija la incierta cronología. Los Papas cubren la Europa de universidades, que llevan todas el nombre de Pontificias; son misioneros los que traen de la China el gérmen de la seda; un religioso es el que inventa la pólvora, y en fin, la necesidad de divulgar la Biblia es la que inspira á Guttemberg el portentoso descubrimiento de la imprenta.

De la Iglesia católica hace Dante el más sublime de los poemas; y bien léjos estaba de ser herejarca quien escribió en su *Paraiso* aquella grandiosa apoteosis de Santo Domingo de Guzman. Á un Pontífice dedica sus cantos el Ariosto, y un Papa ciñe el laurel de la gloria á aquel Tasso á quien los Príncipes habian encerrado en una jaula de locos.

Para la Iglesia de Roma son arquitectos Giotto, Bru-

nelleschi, Bramante, y aquel Miguel Ángel, *de las cuatro almas*, más grande que la cúpula de San Pedro. Para la Iglesia, para los Papas y á vista de los Papas, pintan Fray Angélico, y Perugino, y Rafael, y Julio Romano, y Ribera, y Tiziano, y Correggio, inspiradores de Zurbarán, y Rubens y Murillo, y de tantas otras maravillas del arte, que cubrirían extendidas todo el suelo de la Grecia de Apéles y Parrhassio. Y á través de las devastaciones del tiempo, que no dejó nada en Ninive, ni en Tiro, ni en Tébas, ni en Alejandría, ni en Corinto, ni en Aténas, los Pontífices recogen, acumulan y conservan en la Roma moderna los tesoros y riquezas de la ciencia de todos los tiempos; que solo en aquella arca santa han podido salvarse del universal diluvio, en que la edad, la guerra y la barbárie anegaron toda la civilizacion antigua <sup>1</sup>.

Todavía, sin embargo, hay ciencia ingrata, orgullosa y parricida, que lanza acusaciones contra la Iglesia, por obstáculos que puso, dicen, á los adelantos del espíritu humano. Si accidentes transitórios de sucesos, circunstancias especiales de personas, parciales contradicciones de que no está exenta ninguna institucion, en que entran como elementos siempre refractários la pasion ó la flaqueza humana; si tales obstáculos se atravesaron alguna vez para atajar el curso de una gran verdad ó de un descubrimiento fecundo, obstáculos fueron que arrojó léjos de sí, como escórias impuras, el impulso y marcha general, que en corriente majestuosa lleva el espíritu de la Iglesia

<sup>1</sup> Nos dirán que estas ideas están muy vulgarizadas y repetidas.—Lo sabemos: insistimos, sin embargo, en ellas, porque muchos de los que las desdeñan por triviales, obran y hablan en seguida como si no las supieran.



misma. Y no bastaría la vulgar ignorancia, sinó viniera en su ayuda la mala fé, para presentar á Roma como enemiga y perseguidora de aquellos tres grandes hechos, que representan estos tres grandes nombres: COLON, COPÉRNICO, GALILÉO.

¿Quién era, al cabo, Galileo?—y permítannos nuestros lectores esta leve digresion, de pasada.—Un sábio Italiano, criado en Florencia y Roma, que durante veinticuatro años explica las ciencias en Pádua, universidad del catolicismo, y que es personalmente amigo, querido, mimado y favorecido de los Médicis, familia de Pontífices.

¿Quién llevó á Colon al Nuevo mundo, sinó una Reina Católica, de santísima memoria, apoyada por los frailes Juan Perez de Marchena y Hernando de Talavera? ¿Quién sostuvo el ánimo del gran Descubridor, sinó el fervor apostólico de revelar el Evangelio al otro hemisferio, y el voto de religiosa exaltacion que hizo asistiendo á la toma de Granada, de rescatar el sepulcro del Salvador con los tesoros de las Indias?

¿Qué obstáculos encuentra Copérnico para renovar el sistema del mundo, en aquella Roma, adonde habia ido desde una obscura y helada aldea de Polonia, para estudiar los antiguos sistemas, que solo puede consultar en la biblioteca de los Papas, y en la escuela de sus astrónomos? Que el Sumo Pontífice le haga canónigo de una catedral, para que desde el sosiego religioso de un templo cristiano, pase sus años en estudiar la estructura del templo de Dios; y que él, piadoso y agradecido, dedique al morir, al Papa Paulo III, la obra inmortal que revela la ley de los orbes.

Ésta es la historia de la Iglesia de Roma; ésta es la

historia del Pontificado. Es la historia de los progresos del espíritu humano.

No en vano el sagrado simbolismo de esa Religion, ciñó tres coronas á la frente de su Sacerdote supremo. La más alta gloria entre las grandezas pasadas; la más excelsa entre las soberanías presentes; la que hasta el novísimo dia de los siglos, saludarán con reverencia, despues de muchos naufrágios y olvidos de cuanto nazca y viva, las generaciones venideras.

## XVI.

EL PAPA EN AVIÑON:

ROMA DEJA DE SER PONTIFICIA;  
ITALIA, DE SER SOBERANA; ALEMANIA, IMPERATORIA.

Á principios del siglo décimo sexto, no había aún en Europa otra unidad que la que habian creado los Papas, la unidad religiosa. No habia dejado de padecer eclipses y de ser combatida de tormentas; pero tormentas y eclipses habían servido para realzar su importancia y acrisolar su esplendor.

La unidad política de Carlo Magno habia caido sucesivamente á pedazos, por los progresos mismos de cada nacionalidad particular. España, que no habia entrado en el Imperio, porque cuando el Imperio se formó, era sarracena, habia adquirido en una lucha de siete siglos, aquella independencia que, cimentada en el espíritu religioso, la hizo aparecer comparativamente fanática. Inglaterra, separada por su posicion del general movimiento, llegaba despues de dos conquistas y de sangrientas



catástrofes, á aquella unidad excéntrica que le habia de dar tan extraordinaria representacion en el mundo. Francia, reunidos que hubo sus despedazados miembros con la conquista de la Bretaña y la incorporacion de los féudos de Borgoña, alcanzaba aquella plenitud de vigor y poder que, reanudando sus orígenes con la dinastía de Carlo Magno, la habian de preparar para creerse heredera, sucesora y rival del Imperio. La Germánia, permaneciendo bajo el espíritu del individualismo primitivo, y del fraccionamiento feudal, subordinando siempre la comprension de la idéa política de un Estado, á los intereses de familia, no habia sabido fundirse con los pueblos latinos, ni asimilarse las naciones eslavas.

Las querellas de las casas de Franconia y de Suevia con la Silla Apostólica, léjos de acrecentar el poder secular, le habian herido en el centro de su vitalidad. Cuanto más germánico y más temporal se hiciera, ménos romano y más extranjero habia de aparecer del otro lado de los Alpes. Por no querer ser tenidos como dominados por Roma, los Emperadores se aventuraron á ser mirados como conquistadores y enemigos, por los Italianos; y la Iglesia no habia podido ampararlos, desde que ellos no supieron protegerla.

Durante el calamitoso período que se señala con sus depredaciones y violencias, con la emigracion de los Papas á Aviñon, con el gran cisma de Occidente, y con el alternado predominio de franceses y españoles, la Alemania deja de ser imperatoria; Italia deja de ser soberana; Roma deja de ser pontificia.

Gime la una bajo la impotencia anárquica de familias rivales y de caracteres sin grandeza: pasa la Italia del yugo de sus facciones propias, al vasallaje de dinastías

extranjeras. Roma aprende, para no olvidarlo jamás, lo que es su destino en el mundo, cuando no es metrópoli católica; y la Iglesia Romana, lo que es un Pontífice, que prefiere á la sombra sagrada del altar de los Santos Apóstoles, el más inmediato arrimo de un poderío robusto, pero terreno.

Y mientras que los Papas creen que las aguas del Ródano, pueden ser tan fecundas para la cristiandad, como las sagradas del Tiber, aquel mismo Rienzi, que sueña restaurar en el desamparado Capitólio la república de los Escipiones y el Trono de los Césares, intima al Pontífice que vaya á ocupar su silla en aquella Roma, que, á pesar de sus recuerdos y de sus glorias, se desmorona en polvo, huérfana del sacerdocio, como se deshace una momia cuando se desligan las bandas balsámicas que la conservan íntegra en su sepulcro.



## XVII.

ESPÍRITU PAGANO.—MATERIALISMO ANÓNIMO.—

RIVALIDAD POLÍTICA:

APOYO QUE DÁN Á LA HEREJÍA DE LA REFORMA.

Pero el que Roma se caiga en pedazos porque la tutela del Pontificado la desampara, pudiera decirse que no es más que un símil material de cómo la sociedad europea se desmorona cuando el espíritu cristiano y católico no la vivifica. Los disturbios del siglo XIV, que tras la dependencia francesa de la Sede Apostólica <sup>1</sup> y los escándalos del cisma, prepararon las deplorables disidencias y las peligrosas doctrinas y controversias, contra las cuales fueron ineficaz remedio los concilios de Constanza y Basilea, revelaron patente otro más grave mal, que había penetrado en el corazón mismo de la cristiandad.

Al fin, aquellos disturbios y encontradas pretensiones, realizaban la misma importancia temporal de la Silla apostólica. De cierto que por las prerogativas del Arzobispo de Toledo ó el de Reims, no se hubiera, ni entonces ni ahora, conmovido el mundo; pero la Europa política va-

<sup>1</sup> No se crea que incurrimos en la falta de ignorar que Avignon era feudo y señorío de los Papas. La dependencia, más ó menos real ó aparente, desde la elección de Clemente V no se liga solo con una residencia, que, fuera de Roma, parecerá siempre extranjera.

cilaba estremecida en sus fundamentos, cuando se trataba de la elevación de aquel anciano, que decidía en último arbitraje quién, á través de los siglos, había de ser el sucesor de Carlo Magno.

Más hondos estragos que el fanatismo herético, y que la disidencia política había de producir aquel espíritu pagano, que se conservaba, no del todo extinguido, en la antigua sociedad; como la semilla de anteriores frutos en un campo labrado, que retoña vigorosa, cuando se descuida el esmerado cultivo. Espíritu, que se había de insinuar tanto más fácilmente en los mismos católicos, cuanto que no proclamaba ni contradecía ningún dogma.

Era la misma naturaleza humana, depravada y caída, devuelta al preponderante dominio de sus propias perversas inclinaciones. Era el eterno espíritu mundanal, positivo, carnal, materialista, utilitario y epicúreo, que indiferente á toda religión, como á toda moral, acababa por matar en el corazón todo sentimiento; en la conciencia individual, todo freno; en los súbditos, todo respeto de autoridad; en los poderes, toda norma de derechos; en las almas, toda fé; en las inteligencias, todo criterio de certidumbre, y entre las naciones, todo vínculo fraternal y cohesivo.

Este espíritu, que dominando sobre la civilización de nuestra edad, con señorío casi absoluto, recibe varios nombres; los unos de gloria, los otros de vituperio, aún no tomaba en los siglos décimo cuarto y décimo quinto otros dictados que el de corrupción y perversidad, cuando sobresalía en individuos oscuros, á la postre desafortunados; ó por el contrario, el nombre de cultura, de magnificencia, de saber, y sobre todo de habilidad, y hasta de razón de Estado, cuando se realizaba con la be-



lleza de las formas, con la destreza de los medios, ó con la fortuna de brillantes resultados.

Esta cultura, esta política, esta corrupcion, hicieron más partido en Italia que los extravíos del orgullo teológico. La adoracion de la fuerza y el culto del placer fueron más funestos á la Iglesia y al Estado, que las predicaciones de Wiclef y de Juan de Huss. Aquel desden de la autoridad, que siempre trae en pos de sí el desprecio del derecho; aquel materialismo anónimo, como el que en nuestros dias viene acompañado de un filosofismo acéfalo, habían allanado el camino á las pretensiones de todos los tiranos, y asentado la razon de la fortuna como base de todos los poderes. La sociedad política del siglo XVI no hubiera sido tan hondamente conmovida por Lutero y Calvino, si la sociedad católica no se hubiera encontrado tan disuelta y corroida por aquella moral de violencia, de bajeza, de escepticismo, ó de desenfreno, que en política habia de producir el libro de Machiavello, y que estaba representada por príncipes como Luis XI, ó por héroes como César Borgia.

Cuando Carlos V aparece en la escena de aquel mundo; cuando el último vástago de Isabel la Católica y de Carlos el Temerario, que no habiendo nacido heredero de ningun grande Estado <sup>1</sup>, ni ciudadano determinado de nacionalidad alguna, se encontró, por una série de prodigiosos acontecimientos, sucesor de todas las soberanías, hijo adoptivo de todas las nacionalidades, y dueño de un nuevo mundo, conquistado para su poder en nombre de

<sup>1</sup> Nacido ya, sí, heredero del Reino de Castilla, pero no engendrado. El mismo año del nacimiento de Carlos V moria el Infante D. Miguel, hijo de la Reina de Portugal. Fernando el Católico podia aún tener sucesion para Aragon y Sicilia.

la Fé, y aspiró á reconstruir con todos aquellos miembros de la descoyuntada Europa, el antiguo edificio de Carlo Magno y de Othon el Grande; natural era que, como sus excelsos predecesores, se propusiese cimentar su obra sobre aquella unidad, que todavia, despues de tan grandes trastornos, representaba solamente Roma.

Por eso todo principio que pusiera en tela de juicio la base fundamental de sus proyectos, debía ser, á sus ojos, faccion y rebeldía, como para los adversarios que suscitaba su gigantesca dominacion, sería un arma de partido y una bandera de libertad. Y por eso la predicacion de Lutero no hubiera sido más que una controversia de disciplina, ó una de tantas herejías, como desde los tiempos de Arrio y de Nestorio habían perturbado la Iglesia, sinó se hubieran apoderado de ella, como grito de independencia, ó segun diríamos ahora, como programa de oposicion política, los que se levantaron entónces contra los proyectos del gran Emperador, y los que se coligaron despues, para fundar su propia grandeza sobre las desmoronadas ruinas de su colosal poderío.